



LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

I

Comenzaban los hermosos días del mes de Junio de 1821, y los veía pasar con la indiferencia de la niñez, con el sobresalto de la infancia, cuyos goces, aunque los más puros, tan pronto se experimentan con agitación, tan pronto son acibarados por el dolor que desde la cuna comienza á conmovér el corazón del hombre. Vagaba incierto por los risueños senderos de una hacienda situada entre las provincias, entonces, de México y Querétaro, y mi alma no aspiraba más que á perseguir una mariposa, ó á recoger algunas flores con que la primavera matizaba los campos, para formar un ramo que después abandonaba con la inconstancia del niño.

Una tarde á la relación de un correo que acababa de llegar, mi familia toda se demudó al oír el nombre terrible del coronel Concha: yo me estremecí también, porque mil veces había oído decir que era un enemigo jurado de mi padre, á quien había querido juzgar como á otros, en Tulancingo por una conspiración que debía haber estallado en 819, y que fué descubierta; Concha quiso varias veces que se le entregase á mi padre, y á no haber sido por la bondad de Apodaca, y por el generoso comportamiento del coronel Antonelli, del mayor Terrés, hoy general, y del fiscal Iglesias, actualmente coronel, que fuertemente se opusieron, ha-

bría ido á Tulancingo á sufrir los tormentos que Concha hacía pasar á los demás prisioneros. Vino la constitución del año de 20 y á ésto debió mi padre, como otros, que no hubiese terminado su vida en un patíbulo. Aún no se había borrado en mi familia la idea del riesgo que había corrido mi padre. La relación del correo que anunciaba la pronta llegada de Concha, con una fuerte división en auxilio de San Juan del Río y Querétaro, vino á producir en nosotros un terror mortal, que se aumentaba por haber tomado mi padre partido en la causa nacional. (*)

II

En la siguiente mañana se preparaba mi familia para huír, cuando se dijo que por el camino de San Juan del Río venía tropa, y esto hizo temer que la hacienda fuese el teatro de alguna acción entre los independientes y los realistas de Concha: resultó, pues, en mi familia la incertidumbre que acontece en semejantes ocasiones, en las que se ve encima un inminente peligro, y más cuando no estaba presente el jefe de la casa. Mientras se tomaba algún partido llegaron algunos oficiales aposentadores. Súpose por ellos que venía el batallón expedicionario de Murcia; nada dijeron que pudiese revelar la causa de su llegada; pero de sus maneras y semblante agitado, se infería que algún acontecimiento desfavorable les había sucedido. Se consideró prudente no huír ya; á poco más de una hora

(*) No se crea en mí vanidad descender á estas particularidades domésticas: si me ocupo en ellas, es puramente para que se forme alguna idea de los sentimientos de aquella época, por los que el grito de Iguala, fué, como ninguno otro, tan espontánea como generalmente aplaudido y secundado: además, estos detalles comprenden parte de las primeras impresiones de aquella transición tan repentina en que la reflexión se subalternó á los resultados más sorprendentes, y que cada uno llevaba en sí la novedad.

llegó el regimiento que venía marchando con el orden y con la disciplina propia de las tropas españolas. Volvía humillado y lleno de vergüenza, pues se había desertado del ejército trigarante, después de haber jurado en Iguala el plan de independencia. lo que manifiesta la difícil posición en que se vió al principio el jefe trigarante; pero su alma abundante de felices inspiraciones en momentos críticos, supo sobreponerse á la fortuna, que todo le concedió ese año bautizado justamente con el nombre de independencia. El batallón que se dirigía á marchas dobles á la capital, descansó hora y media y se marchó con aire silencioso, y el de la desesperación comprimida, dejando á los habitantes de la hacienda no sin alguna zozobra: tal era la sensación que aún producían aquellos soldados.

Serían las cinco de la tarde del mismo día, cuando una gran polvareda por el camino de Tierradentro indicó la aproximación de nuevas tropas, lo que volvió á los ánimos á su antigua tortura: la paciencia y el sufrimiento se habían agotado en tan corto intervalo. La aflicción más aguda se apoderó de todos, y no se podía ni aún respirar viendo sobrevenir nuevos riesgos. En breves momentos llegó á galope una descubierta de caballería: la confusión en mi familia y demás personas de la hacienda no tuvo igual, temiendo de un momento á otro algún accidente: se percibió en algunas voces el nombre de Concha, y con esto aumentóse el sobresalto: entró luego un criado con semblante alegre y dijo que las tropas que llegaban eran "independientes." Una exclamación general de regocijo estalló, y todos fueron á ver á los independientes; yo salí también lleno de gozo. Se supo que venían á encontrar á Concha, á quien creían inmediato y deseaban batir.

La vanguardia ó descubierta la formaba el antiguo insurgente Encarnación Ortiz con sus valientes soldados de la Sierra de Guajuato: asido de la mano de una persona fué adonde estaba la tropa. Ví por la primera vez á los libertadores de mi patria, y sin comprender nada mi corazón, aunque tierno, palpitaba de alegría. Consideré de

cerca á éstos soldados y á su jefe, que tenían un continente guerrero exclusivamente nacional. La mayor parte llevaba sus cue-ras ó cotones largos de charro; y calzone-ras de venado, botas de campana y sombre-ros jaranos, componían su uniforme: cara-bina, lanza, machete y reata, era su arma-mento y montaban unos fogosos caballos, á los que manejaban con destreza sin igual; y en donde este escuadrón caía, dejaba tras él una huella de sangre y de desolación. Ortiz, conocido por el Pachón, era una ce-lebridad de la época: su patriotismo de un tiempo que ahora volvía con mayor brío á desarrollar, y su valor de siempre, lo hacía notable entre los héroes; y su singularidad infatigable en el servicio y en el peligro le valía el honor de marchar á la vanguardia. Yo lo contemplé con una mezcla de temor y simpatía, con aquel sentimiento interior de los primeros años que tan pronto nos aconseja permanecer, tan pronto huir de lo que hiera nuestra alma de curiosidad ó de des-confianza. Si mis recuerdos de aquella épo-ca muy vagos por sí, no fuesen débiles, con las relaciones de personas fidedignas que han podido conservar una idea hasta el día de aquel hombre, tipo de nuestros prime-ros guerrilleros, yo diría que era de una estatura alta, de color trigueño, ojos rasga-dos, y llenos de vivacidad, barba escasa, franco en sus maneras, lenguaje y expre-sión que participaban del candor, jovialidad y respeto de nuestros hombres del campo, con un tanto de lo brusco del soldado, se-gún era la persona con quien se comunica-ba: un carácter suave y condescendiente con sus subordinados, interin no faltasen á la disciplina y al honor militar, pues enton-ces era inexorable en el castigo; sagaz y emprendedor, con un valor y serenidad pro-bados en los momentos en que el éxito se dejaba íntegro á la temeridad; una constan-cia sin igual para sufrir todo género de privaciones; un sentimiento de pundonor, que le aumentaba la confianza de sus jefes; y por último, poseía suma destreza en el manejo del caballo, y uso de sus armas. Pues bien, este hombre y sus soldados fue-ron los primeros independientes que ví ha-

biendo llegado antes que otros: formáronse luego y esperaron á los demás cuerpos: si-guieron después dos escuadrones del cuerpo de caballería de San Carlos, otros del Prín-cipe y Sierra Gorda; á continuación el flo-rido regimiento de infantería de Celaya, el de la Corona, Nueva-España, y otros de in-fantería. El sonido de las músicas milita-res de ésta y el de las bandas de clarines de la caballería, enagenaban los espíritus. Fué entonces cuando mi alma recibió la primera impresión de entusiasmo y patrio-tismo; impresión difícil hoy de sentirse en estos tiempos positivos: hoy en que esas sensaciones, aun para los que tenían enton-ces desarrollada su sensibilidad de desinte-rés y de gloria, están amortiguadas, extin-guidas, y no queda más que un recuerdo como en sueños de una época que no volve-rá, porque no volverán el genio que la im-pulsó, y el que la apoyó; únicos fundadores de la emancipación más sorprendente del orbe; pero sin querer me distraía de mi objeto para decir que el jefe de la divisi-ón que había llegado, era el coronel don Ana-tasio Bustamante: presentóse en medio de un escogido estado mayor, y rebotaba su alma la ansiedad de ver realizada la combi-nación que se le había encomendado por el primer jefe del ejército.

Este le había dicho en San Juan del Río:

—Compañero Bustamante, el coronel Concha viene de México con una fuerte divi-sión para proteger este punto, que cree el virrey que todavía está de su parte, y llama-mos la atención para la toma de Queré-taro: irá Ud. á encontrar á aquél, y en don-de quiera que se presente, hágale conocer con la acostumbrada bizarría que distingue á Ud., que no es fácil atacar á los soldados de la independéncia. Descanso en la acti-vidad y constancia con que Ud. siempre se conduce, para hacer que Concha no vuelva á salir de México, y entre tanto quedare-mos expeditos para la más pronta conclusión de nuestros planes. En este momento debe Ud. marchar.

—Señor, respondió Bustamante, me esfor-zaré en llenar los deseos de Ud., que en ello cumpliré con mi deber hacia la patria, y

con la gratitud que debo á Ud. por su empeño en distinguirme.

—Batido ó replegado Concha, agregó Iturbide, será conveniente recoja Ud. á su regreso los caudales públicos que existen en las cajas reales de Zimapan. Además, servirá la expedición de Ud. para organizar todos los pueblos, cuya opinión está manifestada á nuestro favor.

—Señor, dijo Bustamante, me lisongeo de que podré corresponder á las esperanzas de la Nación y de Ud.: nada me detendrá para alcanzar este objeto, pues con los valientes que me acompañan todo se puede emprender.

Bustamante anhelaba por un encuentro, deseando que la fortuna le proporcionase los momentos de venir á las manos con Concha: los soldados de aquél, tenían unos mismos sentimientos, y los instantes que se interponían se prolongaban como siglos.

III

El mayor orden reinaba en la división patriota, y las disposiciones eran tomadas con violencia y exactitud. A otro día de la llegada de la división se puso en marcha muy de mañana, dejando los más gratos recuerdos de admiración y de entusiasmo, y avanzando hasta Huehuetoca, Concha se replegó á México; emprendiendo en seguida su retirada sobre Querétaro el coronel Bustamante, después de haber recogido algunas barras de plata de Zimapan y cumplido con todas las instrucciones que había recibido.

El primer jefe manifestó su satisfacción á la décimasegunda división y á su digno jefe con las más vivas demostraciones que aumentaban en éste y en aquella su decisión.

El siguiente día le dijo Iturbide á Bustamante:

—Compañero, importa que hoy mismo salga Ud. con un batallón y cuatrocientos caballos, á auxiliar al señor Echávarri que debe atacar al convoy que viene de San Luis Potosí, custodiado con el primer batallón de Zaragoza, otro de Zamora y cuatrocientos caballos.

—Señor, nada tengo que decir á Ud. sobre el celo con que deseo cumplir sus órdenes: así es que partiré en el momento.

—Lo sé, y por esto confío en mi amigo y compañero Bustamante: mi gratitud es poca cosa; pero es muy grande el reconocimiento y admiración nacional. Llevará Ud. amigo, un batallón y cuatrocientos caballos que Ud. escoja del ejército, pues debe descansar la división de Ud.

—Es que mis soldados están listos para ir á donde Ud. lo disponga.

—No: por ahora llevará Ud. un sólo batallón de refresco y la caballería que le ha dicho.

—Está muy bien, señor.

El infatigable Bustamante marchó con el primer batallón de la Unión á las órdenes del teniente coronel don Juan Domínguez, hoy general, y con cuatrocientos caballos. El 21 de Junio á la una de la tarde se unió Bustamante á Echávarri (*): después de que hablaron ambos de los negocios, le dijo éste á aquél:

—Compañero, voy á hacer que se reconozca á Ud. por jefe de todas las fuerzas, tanto porque le corresponde en virtud de su antigüedad, como porque sus conocimientos políticos y militares son superiores á mis escasas luces.

—Bustamante le replicó: Compañero, los talentos, el denuedo y el patriotismo que ha desplegado Ud., lo hacen acreedor á conservar el mando: mis deseos se dirigen exclusivamente á la más pronta conclusión de esta empresa y á las demás que se presenten hasta obtener la felicidad de la patria.

—Conozco demasiado la generosidad de Ud., repuso Echávarri, mas ella aumenta en mí el empeño de contar con el honor de recibir sus órdenes, que las estimo por más acertadas y eficaces para llevar al cabo el plan del primer jefe.

—No cederé en mi resolución, manifestó Bustamante, y Ud., que ha comenzado la obra debe concluiría: disponga Ud. las cosas, y su compañero formará en el lugar

(*) Cuadro histórico del señor don C. M. Bustamante.—tom. V.

que le toque como el primero de los que están á las órdenes de Ud. No hay que perder tiempo, pues los momentos son preciosos. Tome Ud., pues, sus disposiciones.

—Cedo no sin grande violencia; pero con la condición de que modifique Ud., según su parecer, aquellas, pues así tendremos un buen éxito.

El 22 á las ocho de la mañana llegaron los despachos del cuartel general, en los que se prevenía á los jefes independientes que rindiesen á Bracho y San Julián á discreción, sin concederles ninguna otra cosa.

Las divisiones de Echávarri y Bustamante marcharon unidas para reducir á los realistas y abreviar las operaciones del plan combinado. El teniente coronel don Luis Cortazar se dirigió con doscientos caballos hacia la hacienda de San Isidro, donde estaba el enemigo: las demás divisiones siguieron de frente y por los costados. Resultó de estas disposiciones que el 23 por la mañana los batallones de Zaragoza y Zamora en San Luis de la Paz hicieron pabellones con sus fusiles, colgaron su corraje y desfilaron á sus cuarteles, recibiendo los independientes el armamento como el día antes habían recibido cuatro piezas de artillería, un carro con parque, vestuarios, algunos fusiles y 56,000 pesos de moneda provisional.

Conseguido el objeto que se propuso Iturbide, regresó á su lado Bustamante para rendir á Querétaro, en cuya capitulación fué uno de los parlamentarios. La ciudad sucumbió el 28 de Junio. A los ocho días emprendió el ejército por divisiones su marcha para la capital del imperio. Los lugares y pueblos del tránsito fueron testigos del entusiasmo con que marchaban los batallones y regimientos que dieron el ejemplo de todas las virtudes guerreras y que recibían de los ciudadanos, al pasar, las aclamaciones y veneración de libertadores de la patria.

“Independencia” é “Iturbide” eran voces sinónimas en aquellos venturosos días que los mexicanos por una fatalidad no han vuelto á ver. ¡Oh! entonces la unión y la fusión de los partidos comprendía una reali-

dad que después ha sustituidose con frases pomposas.....

El gallardo Epitacio Sánchez iba á la vanguardia del ejército, y seguíanle por escalones las demás tropas: la división de Bustamante y Quintanar se unieron en Huehuetoca: Iturbide dispuso marchar á Toluca, Cuernavaca y Puebla con una división de caballería á las órdenes de Sánchez. Bustamante, siempre deseoso de lograr la ocasión de batirse con Concha, lo provocó el 22 de Julio á una acción en las lomas de San Miguel, inmediatas á Tepotzotlán. Vendrá día en que se revelará por quién y por qué Bustamante no fué secundado en esta vez en que pudo haber destrozado á Concha: no es la única en que se le negó la cooperación necesaria por quien debiera facilitársela. Concha se retiró á Cuautitlán con algunas pérdidas que fueron cortas por ambas partes: una tempestad y la entrada de la noche también se opusieron á los designios de Bustamante y de sus esforzados soldados.

IV

Otro día bien temprano los realistas marcharon para Tlalnepantla y una avanzada de Bustamante los siguió hasta cerca de este punto. Casi un mes pasó Concha vagando con su división en distintas direcciones sin alejarse de la capital y con intención á veces de dirigirse á Puebla, de cuyo camino se volvía cuando menos se esperaba. Antes de partir Iturbide para verse con D'Donojú en Córdoba, nombró desde Texcoco á Quintanar comandante internamente de la décima y duodécima divisiones del ejército trigarante, y encargaba que se evitase un encuentro con el enemigo, á no ser que fuese indispensable. Bustamante había quedado, pues, á las órdenes de Quintanar y no sin algún disgusto interior por tener que moderarse, pues era ya para él, días ha, punto de honor batir á Concha.

El 18, en cumplimiento de lo prevenido por Iturbide con objeto de comenzar el sitio de la capital, las divisiones expresadas se movieron de Tepotzotlán y Cuautitlán hacia Santa Mónica y Tlalnepantla: de aquí

salió Concha con tanta precipitación, que no pudo acompañarlo su tesorero, quien había escondido, de acuerdo con el cura, seis mil pesos en un cuartito de la torre de la iglesia y que fueron descubiertos por denuncia que se hizo al capitán don Miguel Barreiro, hoy general y entonces ayudante de Bustamante. Los independientes se situaron el 18 en Tlalnepantla y Santa Mónica. El 19, temprano, se presentó Bustamante en el alojamiento de Quintanar y dijo á éste:

—Compañero, es preciso que avancemos y que replegando á los realistas se comience á estrechar el sitio de México: si le parece á Ud., iré con una sección para reconocer algunos puntos en que apoyemos las operaciones.

—Compañero, respondió Quintanar, nuestras fuerzas no son bastantes para hacer replegar á las tropas del gobierno, y temo que se comprometa alguna acción y faltemos á las órdenes del primer jefe.

—Pero también sus órdenes tienen por objeto reducir á los realistas á la capital, y sin que nos adelantemos hacia ellos, no creo que pueda cumplirse con el plan del señor Iturbide.

—Está bien que avancemos; pero encargo á Ud. que evite cuanto pueda un encuentro, porque de cualquiera manera serían sensibles las pérdidas que tuviésemos, aunque cortas.

—Concha está en Tacuba, y para que nos acampemos en Atzacapotzalco, haciendas de Careaga, el Cristo y Echagaray, es necesario llamarle la atención por un punto y reconocer su campo.

—Supuesto que apruebo el plan de Ud., pediré en este momento las órdenes para que se disponga la tropa que lleve Ud.

Después de una hora, el coronel Bustamante se dirigió á los puntos expresados. Concha estaba en Tacuba con la vanguardia del ejército español, su infantería constaba (*) de los regimientos expedicionarios, Infante don Carlos, Castilla, Ordenes, Murcia, Zaragoza, la Reina y granaderos de

(*) Torrente, "Historia de la Revolución Hispano-Americana," tom. 3o., pág. 291.

Barcelona, y la caballería de diferentes trozos de regimientos y escuadrones mandados en parte por don Julián Juvera.

El primer cuerpo de este ejército que formaba su vanguardia, estaba á las órdenes del sargento mayor de Castilla, don Francisco Bucelli: Concha mandaba el resto de las tropas, habiéndole llegado otras de Tacubaya. El ejército español, lleno aún de fuerza y vigor, se presentaba con arrogancia, con su opinión inflexible para en nada ceder y contrariar todo lo que indicase una idea siquiera sobre la emancipación del país: con su peculiar tenacidad, alentado á la voz de sus obcecados jefes; y su disciplina, su buen equipo, sus abundantes municiones, su bien servida artillería, todo le hacía presagiar la victoria, y esperar de la fortuna un favor señalado que hiciese inclinar los sucesos á su favor. Ronca, pero terrible era todavía la voz del coloso que se había enseñoreado del vasto imperio de Moctezucoma por trescientos años. ¿Cómo terminar sin esfuerzos el reinado que le dió nuevo ser á la España de Carlos V, y nuevo giro al Viejo Continente? La justicia no aprobaría esos esfuerzos, la humanidad los condenaba; pero el honor castellano los dictó, así como al patriotismo mexicano tocaba reprimirlos.

El coronel Bustamante, en la misma mañana del 19, para emprender su movimiento, mandó una descubierta de ochenta caballos á las órdenes de un capitán, que como se ha dicho antes, tenía por objeto llamarle al enemigo la atención y reconocer sus posiciones: la descubierta se encontró con cien infantes y caballos realistas entre Atzacapotzalco y Tacuba, y después de haberlos replegado á este pueblo, se retiró á la hacienda del Cristo. Bustamante entre tanto marchaba con su tropa, y á las once de la mañana, cuando se ocupaba en reconocer las haciendas de Careaga, Cristo y Echagaray, para alojar la caballería, el capitán D. Nicolás Acosta officiosamente, y guiado de sus ardientes sentimientos por batirse, se dirigió á Tacuba con cien granaderos y cazadores de Celaya, Guadalajara y Santo Domingo, y veinte dragones de San Luis, trabando una